

**In Memoriam. Responso a Ranajit Guha.
Estudios Latinoamericanos del Subalterno.**

Ileana Rodríguez

The Ohio State University

Nuestro Ranajit Guha murió a los 99 años de edad el 28 de abril del año en curso en Viena. Perteneció a una generación de destacados intelectuales longevos que, como Jean Franco, llegaron casi a cumplir un siglo de vida. Parecían eternos. Ranajit fue nuestro mentor, nuestro guru. Para un grupo de críticos culturales, historiadores y científicos sociales en el campo de los Estudios Latinoamericanos, haberlo encontrado fue una fortuna. Corrían los años noventa del pasado siglo cuando las derrotas populares de la izquierda en América Latina deshabilitaron el *élan* marxista y entramos en un impasse. Carlos Marx dejó de ser el filósofo de la práctica para ser otro gran filósofo alemán. Y en eso empezamos a leer a los subalternistas en un texto editado por Gayatri Spivak y Ranajit Guha, el famoso *Subaltern Studies* donde volvimos a entender la lucha política en un sentido más amplio y comprensivo que el de clase en la figura del subalterno. Es gracias al trabajo de Ranajit y la escuela de Estudios Asiáticos del Subalterno que un grupo de nosotros quiso, a la usanza de ellos, crear un Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos. Incluso publicamos un manifiesto anunciando nuestra postura y tuvimos tanto éxito que gran parte de los académicos querían pertenecer al grupo. Un poco sorprendidos de la celebridad adquirida, nosotros

informábamos que no éramos ni un partido político, ni una organización gremial, ni teníamos idea de cómo absorber tal entusiasmo.

Habiendo leído bastante de sus trabajos, recuerdo en especial *Hegemony without Dominance* (1988), *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* (1983) el primer volumen de *Subaltern Studies*, *Chandrá's death* (2023), *The Small Voice of History* (2009). Después de leer *The Prose of Counterinsurgency* (1988), quisimos conocerlo personalmente y como Pat Seed estaba en contacto con él, le pedimos que lo invitara a Houston. Y lo hizo. Ahí lo conocimos. ¡Qué mente tan aguda! Una de las mejores del siglo. Tuvo la osadía de darle vuelta a la historiografía para hacernos ver lo invisible. Ranajit era un aristócrata del pensamiento y la palabra. Con nosotros fue siempre generoso, intelectual de gran valía que compartía sus ideas ampliamente aunque era muy riguroso y a veces hasta regañón. En esa ocasión nos reunimos como amigos en el hotel, platicamos, nos reímos y recuerdo que le gustaba mucho el coñac, pensé, su trago favorito y le pregunté, en broma, dónde había aprendido a tomar tragos tan caros y me contestó con toda certeza, “en mi casa.” Ranajit era jovial, cálido, y con gran sentido del humor. Gozaba la búsqueda de ideas; era fiero en el debate, y entusiasta en el manejo de dificultades epistémicas.

Creo que en esa ocasión hablamos mucho del trabajo sobre Chandra. Estábamos encantados en particular de ver cómo podía voltear las ideologías al revés en una prosa poética, elegante, a más de conceptuosa. Cómo podía un historiador prestarle tan delicada atención al papel que jugaban los afectos en la historia y hacernos ver la diferencia entre el trato real de las mujeres y su representación en la poesía lírica bengalí que las exaltaba. Además en ese artículo subrayaba la importancia de la solidaridad femenina, la hermandad llevada al límite de infringir la ley. Nos parecía insólito que un historiador pudiese hablar de la prohibición legal del aborto en conjunto con un duelo familiar y el engaño en el amor. Lo mismo me pareció a mí cuando discutí sobre las pequeñas voces de la historia que no fueron escuchadas refiriéndose también a las de las mujeres. Pero su trabajo sobre las mujeres no es lo que más lo distingue. Lo distinguen textos como *Dominance without Hegemony: History and Power in Colonial India*. (1998), *The Prose of Counter Insurgency* (1988), *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* (1983), verdaderos puntos de observación torna vuelta sobre las poblaciones que eran y son aún en verdad centros de cambio. Si bien sus categorías venían de legados marxistas sólidamente establecidos, el terreno sobre el que las exploraba era novedoso y muy universalizable a la condición colonial. Tuvo la audacia de proponer “el chisme” como categoría para entender la movilización al estudiar los

alzamientos e identidad campesinos. No necesitó nunca glorificar a esas poblaciones, simplemente llamó la atención hacia ellos desde el punto de vista de generación de conocimientos.

En Houston dio una charla sobre la hegemonía y la dominancia y abrió su ponencia diciendo: “voy a hablar durante treinta minutos,” cosa que hizo y también impresionó pues no es que iba a decir todo lo que sabía ni iba a dominar la discusión sino sencillamente a hacer un planteamiento sobre el tema y dejar que la gente respondiera para iniciar un debate. Ahí fui testigo del rigor en el habla y de la pulcritud en el respeto a sus interlocutores. A mí en lo particular, toda esa excelencia me parecía conocida, familiar, como si hubiéramos nacido en el mismo lugar tal que pensé cómo los pensadores de otros mundos, lo que ahora se llama el ‘Sur Global,’ tienen inquietudes parecidas y pueden dialogar. De ese encuentro todos quedamos satisfechos y nos marchamos motivados para continuar nuestro quehacer intelectual bajo el reto que la subalternidad plateaba al pensamiento. Eso lo entendió bien Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán quienes, desde Bolivia, publicaron *Debates poscoloniales: Una introducción a los estudios de la subalternidad* (1997), volumen de traducción de los textos subalternistas. Nosotros también sacamos dos volúmenes de textos (*Convergencia de tiempos: Estudios Subalternos/Contextos Latinoamericanos—Estado, Cultura, Subalternidad* (2001); *Latin American Subaltern Studies Reader* (2001)), más una serie de artículos publicados en diferentes revistas mostrando lo que el concepto había contribuido a la reforma del campo nuestro.

La última vez que vimos a Ranajit fue en un encuentro organizado por Gayatri Spivak en Columbia University. Ahí sí que estaba rodeado de sus discípulos, ahora sus pares, y pude apreciar con qué elegancia Partha Chatterjee dialogaba con Ranajit. Y el diálogo versaba sobre si había habido o no historiadores indios en la India durante la época colonial. Ranajit daba el ejemplo de uno, pero lo descalificaba mientras Partha le concedía el estatus que el otro le negaba. Se trataba de una discusión del ejercicio disciplinario bajo las condiciones de la colonización y el diálogo entre ellos fue un gran placer, no solo por el tema que les ocupaba sino también por la elegancia en la discusión. A Ranajit le gustaba el pugilato: se regocijaba ante un buen argumento y no quería vencer al adversario fácilmente. Verdaderos aristócratas de la palabra eran los dos. ¿De dónde les nacería el interés en lo subalterno y la subalternidad que produjo tan excelentes trabajos como los de él y todos sus discípulos? Tal inventiva, tal creatividad venía naturalmente de haberle dado la vuelta a la disciplina y revertir no solo los términos de la discusión sino el método. Para mí, una de las grandes lecciones era la de

descentrar el estado, los archivos, las instituciones y enfocar todo desde abajo y entender lo que significa decir, como dijo Ranajit, que cuando un hombre roba un pedazo de pan porque tiene hambre, la ley debe estar de su parte. Pequeñas grandes lecciones de la historia de la gente sin historia, de los modos de leer los archivos estatales y notar sus ausencias, la manera de reinscribir esas ausencias. El Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos siempre estará en deuda con ese viejo historiador que tuvo la audacia de hacernos ver lo invisible, esto es la historia a los límites de la historia mundial.